

miento, le atormentaba otra idea, una duda. ¡Enriqueta no podía ir al matrimonio como una descamisada! Pero, ¿no estoy yo aquí para remediarlo?—pensaba.

Y aquel hombre, que no había sabido hasta entonces conjugar el verbo contar, reflexionó, preguntándose si realmente tendría bastante para dar un dote á aquella niña. Entonces desfiló ante sus ojos la larga procesión de hechos en que había disipado su fortuna para satisfacer sus insensatos caprichos, que le habían obligado á vender sus molinos y sus praderas, y á hipotecar sus casas, teniéndolo todo en la más completa ruina. Pasaba ahora los días enteros poniendo en orden sus papeles, buscando en los cajones los títulos de propiedad, llenándose los dedos de tinta con tantas cuentas y sumas como hacía: mientras más cuentas hacía, más se cercioraba de lo mucho que había gastado inútilmente.

—¿Sabes (dijo una mañana) que soy un viejo tonto y un egoísta, dando y tirando todo para satisfacer mis caprichos, sin pensar que existía en el mundo mi pobre niña?

—¡Ah, querido tío! (exclamó Enriqueta, echándose en sus brazos.) ¡Sin pensar en mí! ¿Qué hubiera sido de mí sin tus cuidados? Tú eres para mí el Mesías. ¡Abrazame, abrazame, querido tío, y no digas esas cosas!

—No; te prometo que he de castigar mi imbecilidad. ¡Reflexiona, imbécil, lo que has hecho! Si hoy fueras á pedir cien francos, te los negarían.

—Pero, en fin (dijo Enriqueta), ¿acaso necesitas millones? ¿Qué te falta?

—Nada me falta. Estoy como si fuera un filósofo, sin verdaderas necesidades: un pedazo de pan me basta. Pero, en fin, ¡el dinero!, el dinero es algo, sirve para algo. ¡Bah! Después de todo, no soy tan digno de lástima. ¡Tengo mi idea!

Dos días después, Germán dijo á Enriqueta, cogiéndola una de sus manos:

—¿Quieres venir á París conmigo?

—¿Á París? Sí,—contestó ésta, mirando á su tío con alegría, pero con cierta incredulidad.

—Muy bien (dijo Germán). Marcharemos mañana por la mañana. Ven; ayúdame á hacer la maleta.

—¡Á París! (pensaba la joven, subiendo las escaleras detrás de su tío.) Pero, ¿qué vamos á hacer en París?

Al entrar en el cuarto de Germán, lanzó una exclamación. La caja de la colección de monedas y medallas estaba vacía. La colección entera se presentó á la vista de la joven extendida, cartón por cartón, sobre la consola y la

cama. Miró á su tío, pareciendo interrogarle. Éste pronunciaba en voz baja un refrán de su invención, dándose importancia.

—¿Ves todo esto? (la dijo.) ¡Pues bien; esto es una fortuna! Yo he gozado de ella como un avaro; ahora la cedo á mis contemporáneos....

—¡Apostaría á que la regalas al Museo!

—¿Al Museo?

El tío Germán miró á su sobrina con aire de triunfo.

—¡El Museo, el Museo!.... ¡Ah! No sería yo mal tonto si se la regalara; quiero mis monedas para otra cosa; si el Museo las compra, las tendrá; pero si alguien me ofrece más, será preferido. Me tienes, por lo que veo, por un viejo loco; ¿no es verdad? No, no. Yo puedo comerciar como otro cualquiera. Ya verás. ¡Hay tantos necios que se enriquecen sin pensarlo! ¡Quiero probar que un hombre de buen juicio puede hacer lo mismo!....

—¡Mis pobres medallas!—dijo Enriqueta con sencillez, cruzando las manos y mirándolas.

Germán se paró; dejó caer los brazos, y siguiendo la mirada de la joven, que estaba fija en aquellos pequeños círculos trazados en el cartón verde y llenos de piezas negras, plateadas ó doradas, y fijándose en las etiquetas que él había dictado, pensaba en aquellos pe-

dazos de metal que representaban el trabajo de toda su vida. ¡De qué han servido tantas emociones y tantas decepciones combatidas! ¡De qué tantas alegrías, tantas fatigas y tanta dicha!.... Dos profundas y grandes arrugas aparecieron en sus mejillas; sus ojos se nublaron, y ahogó un profundo suspiro que oprimía su corazón. Se rehizo, sacudió la emoción que le embargaba, y volviéndose adonde estaba su maleta ya abierta:

—Lo que nos toca pensar ahora es en el medio de empaquetarlas bien para no descomponerlas,—dijo, tratando de aparecer tranquilo.

De pronto sintió los brazos de Enriqueta que estrechaban su cuello, y que colgándose de él, le decía:

—¡Querido tío; volvamos todo esto á su sitio; yo no quiero casarme!

—¿Pero qué tienen que ver mis medallas con tu casamiento?

—Sé franco conmigo (dijo Enriqueta con dulzura); ¿es por mí por quien tratas de vender todo eso?

—¡Por ti; el diablo me lleve!....

—Lo adivino (dijo ella, abrazándole de nuevo). Es para mi dote, ¿no es verdad? Pues bien; yo no quiero dote, no lo necesito. Lo que yo quiero es que conserves eso que constituye tu

dicha, tu alegría, y que representa para ti un cúmulo de desvelos. ¿Acaso quiero yo casarme? Yo no quiero á nadie más que á ti. Guardemos nuestras medallas, y quedémonos en Périgord. ¿Por qué quieres separarme de ti? ¿Crees que no sé encolar bien las etiquetas? ¿Ya no me necesitas?

—¡Gran Dios! (exclamó Germán, tratando de desasirse de ella.) ¡No está malo eso! ¿Acaso soy yo un niño inocente, que no sabe lo que se hace? ¡Una tutela á mi edad, no me vendría mal! ¡Quiero vender mis medallas! ¡Sí, estoy cansado ya de ellas!... Tú sabes bien que hay gustos que llegan á hastiar.... ¡Yo cifré mi dicha en las medallas, y ahora la cifro en venderlas! ¿Si yo quiero darte un dote? ¿Si deseo que te cases?... Conozco tu respuesta de antemano. «¡Yo no quiero casarme!» Pero yo sí quiero tener muchos sobrinos y sobrinas; quiero crearme una numerosa familia. Tengo ganas de tirar de las orejas á los pequeñitos que alboroten. ¿Crees tú que me he tomado el trabajo de criarte para que tú no recompenses mi egoísmo? Tú te casarás, mal que pese al demonio. Yo enviaré mis medallas al diablo. Entre unas piezas de metal y un enjambre de sobrinitos, estoy por eso último. Tú me tomas aún por un infeliz, y quisiera mejor que me tomaras por un animal que por un tonto. ¿No

quieres casarte? ¡Bah! ¡No creo que sean los Tenorios de este país los que te hayan apriisionado para que no te cases con tu primo! Yo los molería á palos si pensaran en ello. Pero no; cuatro peleles en todo Montravel, no es el mundo entero; te aseguro que serás feliz, mi querida Enriqueta. ¡Abraza á tu viejo tío, que te quiere mucho! Pienso en ti, y he hecho ya mi composición de lugar; soy viejo, puedo desaparecer del mapa, y antes quiero ver dichosos á todos los que amo, y por eso he pensado en ese bribonzuelo de Roberto que nos olvida. ¡Ah! ¿Enrojeces? Sí, y es por él, lo sé bien; él será tu marido, no te apures. Yo lo deseo. Iremos á verle á su París. (Enriqueta, cuyos ojos se bañaron en lágrimas, ocultó su cara sobre el hombro de su tío.) ¿Querías privarme de esa dicha? ¿Crees acaso que quiero yo nada con esa gente, á quien he hecho tanto favor, y que, á pesar de esto, se ha burlado y se burla de mí? No; con los míos es con los que espero y con los que quiero compartir lo poco que tengo, y acabar mi existencia. ¡Ah! Pobre niña, no llores; no te opongas á mis propósitos; no rechaces el casamiento que te propongo, porque me enfadarías.

Enriqueta no contestó nada. El tío Germán vió que la alegría inundaba su semblante, y olvidando sus monedas que se iban á disipar,

se regocijó á su vez, perdonándose en aquel momento sus muchas locuras pasadas.

He aquí por qué Germán Burat estaba en París, con sus medallas y su sobrina.

Su primera visita fué para su sobrino, á quien deseaba abrazar.

—Roberto (le dijo), puesto que estás solo, ven á almorzar con nosotros, y darás un abrazo á tu prima.

Salieron del brazo alegremente. El más anciano tiraba del más joven, haciéndole ir á la carrera.

El tío Germán había ido á parar á una fonda de la calle de Montmartre, y allí le esperaba Enriqueta.

—¡Vas á verla (le dijo), y te ruego que abras bien los ojos! ¡Tú no has visto, no has podido ver criatura más divina en París!

Roberto seguía detrás del tío Germán, que subía las escaleras precipitadamente. Ya en el segundo piso, el tío llamó. Abrieron la puerta muy despacio, y Roberto vió tras ella una joven alta, que, ruborizándose al verle, echó los brazos al cuello del anciano. Roberto se recostó un poco sobre el quicio de la puerta mirando á Enriqueta, que á su vez tenía sus hermosos ojos fijos en él.

—¡Y bien! (exclamó el tío, volviéndose á Roberto.) ¿No entras?

Éste adelantó algunos pasos.

—¡Abrazala!—dijo, empujándole hacia su prima.

El joven se acercó á ella, que le presentó su pura é inocente frente, en la que los malos pensamientos no habían trazado aún su huella. Roberto estampó un ósculo en la virginal frente de su prima, quedando vivamente impresionado.

Con la educación que había recibido, ó, mejor dicho, que ella misma se había dado, Enriqueta no tenía esa embarazosa timidez de ciertas jóvenes, tras de la que se parapetan, como si fueran á hacerlas algún daño. Enriqueta tenía la franqueza y la tranquilidad de la honradez; sus honestos pensamientos se leían en sus pupilas, como pudiera leerse en un libro. Se ponía colorada por cualquier cosa, pero ignoraba cuándo había que enrojecer. Otra hubiera disimulado evidentemente la alegría que la causaba ver á Roberto; ella demostró francamente lo dichosa que era con verle, haciendo, con adorables discreciones, toda clase de preguntas para informarse de cómo lo pasaba en París. Le preguntaba qué había sido de su vida y qué había hecho desde el día en que le dejó siendo aún una niña. Había adivinado en las cartas de su primo lo que él se callaba al escribirlas. Las horas de lucha,

de desaliento, y quizá de desesperación. Por dichoso que fuera en aquel instante, la fisonomía de Roberto dejaba traslucir su abatimiento. Enriqueta quería conocer la causa de ésto, como si él pudiera decírselo todo, y no dejó de hacerle preguntas, hasta que el tío Germán, impaciente, dijo que se moría de hambre y que quería almorzar.

— Bueno (dijo alegremente Enriqueta): voy á llamar al criado, y os traerá más de lo que os podáis comer, ¡ hambriento tío! En cuanto á mí, no tengo hambre.

— ¿Y sabes tú si tu primo no estará medio muerto de inanición, egoistilla?... (dijo Germán, cogiendo las manos de su sobrina.) Lo repito: almorzaremos, pero no aquí; vamos al *restaurant*; vamos á probar de todo, pues aquí ya tendremos ocasión de comer.

Enriqueta se puso á palmotear, no viendo más que una cosa en todo esto, y era que iba á salir del brazo de su primo. Cogió su sombrero y su chal, y dijo sonriendo:

— Heme aquí dispuesta.

Roberto, sentado sobre una silla, la miraba ir y venir, admirando sus graciosos y rápidos movimientos, los encantos de su alegría sana y juvenil, y la inocente sonrisa que aparecía en sus hermosos labios, que ella cortaba con alguna dulce palabra dirigida á Ro-

berto ó á su tío, acompañándolas de una mirada que parecía preguntar: ¿No me encontráis demasiado niña?

Contemplaba sin analizar aquella hermosura apenas formada, y ya perfecta, sin la regularidad clásica, pero llena de ese atractivo irresistible que hace verdaderamente la felicidad, es decir, la verdadera dicha del que llega á poseerla.

Los grandes ojos de Enriqueta se abrían bajo una hermosa y perfecta frente, adornada por espesos cabellos negros que caían con profusión formando bucles alrededor de su cabeza; su nariz era recta y afilada, la boca pequeña, y el labio superior un poco saliente, y su barba estaba ligeramente hendida por un hoyito que hacía resaltar más su belleza. Su epidermis era tan fina, que se podían contar á través de ella sus azules venas, privilegio que creen tener exclusivamente los aristócratas. Roberto miraba aquella fisonomía y aquel talle de suaves contornos que prometía un mundo de felicidad. Su delicado cuello se veía por cima del vestido, y el reflejo del sol, penetrando á través de las cortinas de color de rosa, le hacía aparecer más hermoso.

Roberto seguía contemplándola, cuando la niña le dijo con cariñoso y dulce tono:

— Querido primo, ¿queréis ofrecerme vuestro brazo?

El tío Germán les dejó pasar delante: quería ir detrás para contemplarles y gozar viéndolos apoyado el uno en el otro.

Roberto sentía la ligera presión del brazo de Enriqueta sobre el suyo, cuando la multitud era grande y se estrechaba contra él. Ella le contaba cómo se pasan en Montravel los días cuando se espera una carta de alguien que vive en París. Roberto se sentía poco á poco penetrado de una alegre calma, que le hacía olvidar todo, reduciendo su vida entera al momento presente. Iba por la calle como se va cuando se sueña, sin saber adónde se va, por qué se encuentra uno donde se encuentra, cuáles son las personas que le acompañan, y por qué. Aquella mañana, sin ir más lejos, no pensaba él en el tío Germán ni en la joven; le parecía que estaban muy lejos, y hasta se imaginaba no volverles á ver, y de repente, al despertar, se encontró con que Germán y Enriqueta, con el corazón lleno de cariñosos recuerdos, corrían á abrazarle como evocados por arte de magia.

—¡No me acuses de mi silencio; me parece que todo lo que hoy me pasa es un sueño!

Enriqueta iba orgullosa del brazo de su primo.

Los transeuntes se volvían á mirar á aquella joven, y ella creía que eran amigos de Ro-

berto. ¿Acaso no era una persona de viso en París? Creía que todo el mundo debía conocer aquel nombre que ella encontraba tan hermoso y agradable. Roberto saludó á un caballero condecorado que pasó cerca de él.

Enriqueta le preguntó en seguida quién era aquel condecorado.

—Ese es un individuo del Instituto, muy ilustre, y muy digno de serlo, — contestó el joven.

Ésta se enorgulleció por aquel saludo, no por ella, sino por Roberto.

En el *restaurant* se sentó enfrente de él, bromeando y fijándose en todo, sin admiración y con sencillez. Nada la sorprendía, pero sí atraía su curiosidad. El tío Germán quiso pedir el almuerzo, elegir los platos más caros, seguro de que le servirían los mejores. Consultó á Enriqueta, que á su vez lo hizo á Roberto, y éste pidió la lista al camarero, señalando en ella los platos que le parecieron mejor.

—Ahora, comamos (dijo el tío Germán): tengo un apetito del infierno, un apetito de viajero.

Habló un poco de sus monedas y medallas, explicando á Roberto el secreto de la numismática.

—Pero (dijo), ya tendré tiempo sobrado para hablarte de estas cosas; pensemos en ti

ahora. Veamos: ¿á qué altura te encuentras? ¿Esos libros, esa posición, ese renombre, te hacen dichoso?

—Muy dichoso,—dijo Roberto, que no quería atormentarles, y que, además, no mentía, pues se encontraba muy dichoso en aquellos momentos, con verse rodeado de personas tan cariñosas para con él.

Después, de buen grado ó mal grado, era preciso contarle al tío, aunque no fuera más que á grandes rasgos, sus nuevos proyectos, sus trabajos empezados y sus ambiciones para el porvenir. El tío Germán oía todo esto engullendo los manjares de los platos que le servían. Enriqueta animaba con su mirada á su primo, y éste, en efecto, parecía reanimarse, mostrándose más satisfecho y con más fuerzas. Cuando acabó, el tío Germán cogió su vaso, y quiso brindar á la salud de su sobrino en alta voz. Le miraban con curiosidad de todos lados; pero á él le importaban poco todos los curiosos del mundo reunidos.

—El vino es muy bueno (dijo, volviendo á poner el vaso de nuevo para que se lo llenaran). Lo que es detestable es la comida.

Separó su plato, se levantó bruscamente, y cogiendo el sombrero, dijo:

—¡Á fe mía que no quiero morir de hambre! Vuelvo al instante.

Y, encogiéndose de hombros, salió.

—¡Oh! (dijo Enriqueta.) No estáis acostumbrado á las extravagancias del tío; hay que dejarle pasar muchas cosas. Es un niño crecido, un niño con el pelo blanco, pero con el corazón de un ángel. Además (añadió), os quiere tanto, que tengo celos. No habla más que de vos; escuchad: los días de mercado tenía la costumbre, antes, de quedarse en casa, porque le molestaba el ruido y la gran aglomeración de gentes. Pero desde que se empezó á hablar tanto de vos en París, quiso que se hablara también en Montravel. Los días de mercado y de fiesta se levanta muy temprano, se arregla y marcha á caballo, dejando la Pannouze por la Ruge ó por Saint-Albert. Va al café, reúne allí á todos sus amigos, y todo el día no hace otra cosa que hablar de vos, para que los otros conozcan las alabanzas que aquí os prodigan. ¿No os han zumbado nunca los oídos?

Roberto escuchaba con deleite aquella voz consoladora, dulce como una caricia, generosa y calmante como un cordial. Sonreía algunas veces, él, que había perdido esa costumbre, sintiéndose poco á poco animado por sus palabras.

—Ahora sé lo que aquí me falta en mis horas de tristeza: amigos como él y como vos, —añadió en voz baja.

Enriqueta se calló; pero demostraba estar muy satisfecha. La puerta del *restaurant* se abrió, presentándose el tío Germán, que fué á sentarse en su sitio, dando un suspiro de satisfacción.

—¡Mi almuerzo; mirad!—dijo.

Y desplegó un papel, enseñándoles con alegría un arenque curado al humo, llamando con esto la atención de los mozos y de los asistentes al *restaurant*, que se sonreían.

Á su vez, Roberto no pudo dejar de sonreír, mirando á Enriqueta, que parecía implorar de él un poco de piedad para el honrado y buen tío en sus rarezas.

—No he traído otro para vosotros (les dijo), porque este alimento no es conveniente para todos. En cuanto á mí, no me importa comerlo, porque, á pesar de los excesos que hago, pienso vivir más de cien años.

Concluyeron de almorzar, y Germán Burat condujo á Enriqueta al hotel. Quería dejar á Roberto en libertad de atender á sus quehaceres, y, además, ir él sólo á Saint-Cloud, donde pensaba alquilar un cuarto ó una casita, para evitarse las pestilentes emanaciones de París y respirar el aire más puro.

—El aire de París (decía) es muy insano; está cargado de miasmas de todas clases: emanaciones de los arroyos, corrientes de aire

cargadas de gas, humo de las fábricas y pestilentes olores del alcantarillado. Cuando se ha vivido mucho tiempo en esta atmósfera (y aquí Germán Burat planteó todo un sistema sobre la diferencia de la vida campestre á la de París), no se pasa tan mal, ó, al menos, se va uno acostumbrando sin darse cuenta de ello; es una muerte lenta, como la intoxicación por el café ó la nicotina del tabaco. Pero cuando los pulmones no están acostumbrados á respirar más que el aire puro de la campiña, los aromas que exhalan los bosques, los campos y las flores que la naturaleza cría espontáneamente, condenarlos á respirar la atmósfera pesada de París, es darles un golpe de muerte. ¡Ah! ¡Lo que siento es que mis monedas no están ya vendidas, y quizá tenga que permanecer aquí más de un mes...., si tengo la suerte de no caer enfermo! La madre de la ciencia es la higiene. Cuando escribas un nuevo libro, Roberto, no olvides este axioma. No es por mí por quien predico de esta manera; no estoy sólo. Mira á Enriqueta qué colores tiene; no quiero que los pierda aquí. Saint-Cloud me conviene mucho. Alquilaré en él alguna habitación.

—¿No queréis que os acompañe yo?—dijo Enriqueta.

—No; y te daré mis razones. Tú te ocupa-

rías más del empapelado y del jardín que de la disposición de las ventanas y balcones y de la elevación de los techos. Yo no quiero humedad, sino ventilación que renueve los aires. ¡Lo agradable! ¡Lo agradable! ¡Dejadme á mí! Yo busco lo útil, y lo encontraré; por eso quiero ir solo.

Tomó el brazo de Roberto, y, tirando de él, le dijo:

—¡Ven conmigo!

Enriqueta había tendido sus dos manos á su primo, que las estrechó con efusión, corriendo á alcanzar á su tío, que estaba ya á la mitad de las escaleras.

—Bueno; ahora que estamos solos (dijo el tío Germán), es preciso tratar de las cosas serias. ¿Te has fijado bien en tu prima? Es encantadora, ¿verdad? Pues bien: ella te adora, puedo asegurártelo. Lo sé, lo veo; pondría las manos en el fuego por ese amor, y te aseguro que no tengo deseos de carbonizarme. ¿Qué tiene eso de extraño? La he hablado tanto de ti, que la he llenado la cabeza con tus cualidades y con tu talento. No creas que es un amor como el que puede inspirar cualquiera que pasa bajo las ventanas de una colegiala. Enriqueta te ama, porque te estima. ¿Crearás que cuando se recibía alguna carta tuya más triste que de costumbre, se disgustaba mucho,

y hubiera querido estar aquí á tu lado para haberte devuelto la tranquilidad y la calma con sus caricias? ¿Por qué crees tú que estoy en París tan contento y complacido? La contestación es sencilla: porque creo hacer tu felicidad y la de ella. Tu padre y su madre no lo hubieran hecho mejor. Este viejo tío Germán tendrá por mucho tiempo la dicha de haber hecho vuestra felicidad. ¿Pero no me dices nada á todo esto?

Roberto le oía hablar, sin darse cuenta de ello. Aquella revelación tan brusca, aquella generosidad, hija de un profundo cariño, le aturdió. No había pensado nunca en un cambio tan repentino de vida que le permitiera la calma y la tranquilidad, en lugar de la vida azarosa y agitada que arrastraba ahora. Roberto no amaba á Enriqueta: había conservado siempre en su imaginación aquella fisonomía delgada y morena, pero considerándola como una niña. Su metamorfosis le admiró más que le sedujo. El tío Germán creía una cosa muy natural que todo el que viera á su sobrina se enamorara perdidamente de ella. Pero Roberto, abatido ya por su vida de sufrimientos, y mal cicatrizadas las heridas de su corazón, no podía amar con la prontitud del relámpago, como su tío deseaba; y contestó á éste que bien podía decirse que, en realidad, acababa de

ver á Enriqueta por primera vez, y que no le parecía lógico comprometer su porvenir sin pensarlo antes. Insistió, sin decir nunca que amaba á Enriqueta, pero sin declarar que no la amaba, porque tampoco hubiera dicho la verdad, pues se sentía inclinado hacia ella.

—¡Bah! ¡Bah! (dijo el tío Germán, que iba tan tieso como un cabo de gastadores.) ¡Todo eso se arreglará! ¡Bah! Yo no te meto á tu prima por los ojos, y si lo hubiera hecho, no serías ya tan desgraciado como eres. Te lo prometo: «te casarás con ella cuando quieras»; pero ten entendido que es la mujer que te conviene, y que si bajo el cielo hay una criatura perfecta.... ¡Ah, mi pobre Roberto; si tu padre se hubiera casado con una mujer como ella!....

Germán sintió que el brazo de Roberto se apoyaba con fuerza sobre el suyo, como rogándole que no le hablara de tan doloroso asunto.

—Sí, tienes razón; no hablemos más: lo pasado, pasado está: aquella desgracia ya no puede evitarse: buscad vosotros la dicha. ¡Pero no desperdiciéis la ocasión! ¿Piensas que soy un imbécil?... Ya vendrás tú mismo á pedirme casarte con ella.... ¡Ya me parece verte casado, y paseando con ella del brazo como esta mañana! ¡Hacíais una gallarda pareja! ¡Vién-

doos andar, me encontraba más satisfecho que si hubiera descubierto el movimiento continuo! Pero reparo que ya hemos llegado; ¿no es esta la estación de Saint-Cloud?

No quiso que Roberto siguiera acompañándole, porque quería elegir la casa á su gusto.

—No tengas cuidado, que elegiré buena vivienda; tengo buena mano; mano de coleccionista. Irás á vernos á menudo; sobre todo por las noches, ¿eh? Durante el día recorreré París para ver si puedo deshacerme de mi colección. Pero á la hora de comer iré á buscarte, y juntos iremos al lado de Enriqueta. ¿Queda convenido, eh?

—Convenido,—dijo Roberto alegremente.

XI.

El primer amigo con quien se encontró Roberto, quedó sorprendido de verle sonreír, mostrando tanta alegría.

—¿Qué tenéis?—le dijo.

—Nada,—contestó éste.

No tenía nada, en efecto, pero era dichoso; estaba lleno de una satisfacción tan profunda, que no se la explicaba. Era tan dichoso ahora, como desgraciado había sido antes; por presentimiento, como cuando uno se despierta entris-